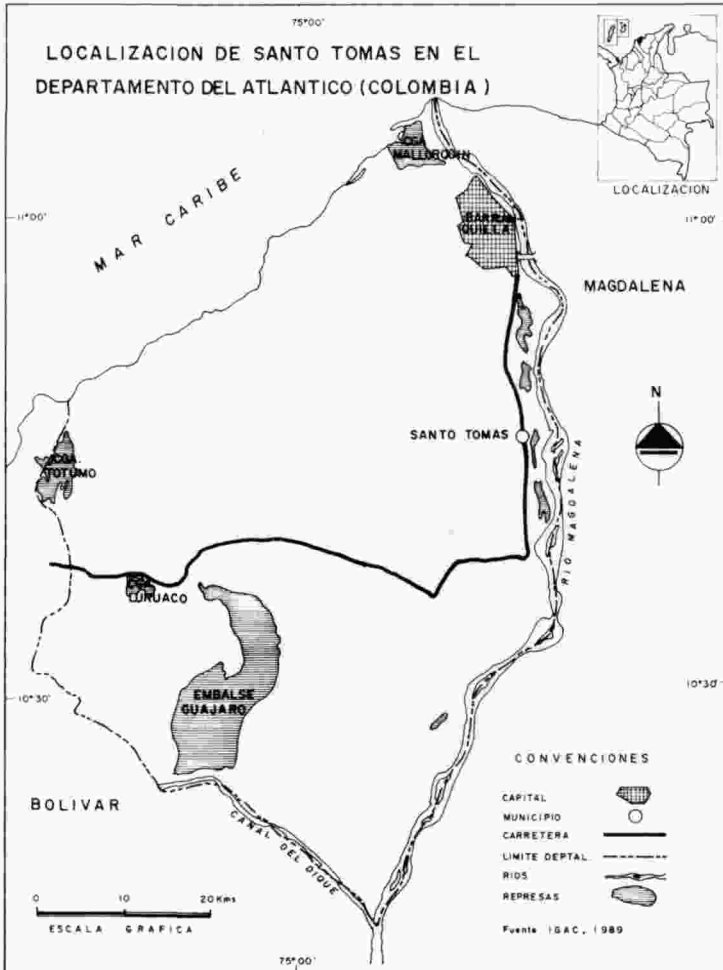


INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Nació Saúl Charris de la Hoz en Santo Tomás, departamento del Atlántico, el 12 de abril de 1914. Fueron sus padres tomasinos de origen campesino. La madre, dos años mayor que su marido, se llamaba María Rebeca de la Hoz y había nacido en 1883. Manuel Fortunato Charris era el padre.

Pareja previsoras, tuvo su primer hijo, Saúl, a una edad en la cual otras familias lidiaban ya con prole numerosa. Don Fortunato se guiaba poco por el aforismo según el cual *cada hijo viene con su pan debajo del brazo*. Quiso que su familia creciera cuando el futuro apareciera despejado en términos económicos.

Al primogénito siguieron luego Josué, Manuel, Rafael, Absalón, Luz del Día. Como bien se ve, la inspiración en la escogencia de los nombres provino del Antiguo Testamento. Tal origen no es casual. En verdad era don Fortunato un asiduo lector de *La Biblia*; a su manera era hombre muy religioso, aunque no muy amigo de frecuentar el bello templo de Santo Tomás. No figuraban entre sus huéspedes los dos curas que atendían las



DIBUJO: Dolly Romérez L.

necesidades espirituales de los tomasinos. Para él, las nociones religiosas estaban asociadas, antes que a las prácticas exteriores y colectivas del culto, a códigos morales que debían regir el comportamiento individual de las personas. Aunque católico, la religiosidad de don Fortunato era más bien de tipo protestante.

La infancia de Saúl transcurrió en una casa mediana situada en una de las calles arenosas y reverberantes del pueblo, sumergido en un calor ardiente y húmedo. Por aquel tiempo y no obstante que Santo Tomás dista sólo 25 kilómetros de Barranquilla, sus habitantes pensaban en la capital como en una metrópoli remota. El impetuoso desarrollo que experimentaba por entonces Barranquilla se irradiaba de manera lenta y desigual hacia el entorno regional. En no pocos casos las relaciones económicas de la ciudad eran más fuertes con poblaciones del departamento del Magdalena. La industria textil, por ejemplo, indujo al cultivo del algodón en ese departamento.¹

Es posible que la ganadería de la subregión tomasina se haya visto favorecida por la demanda de carne para el consumo de la población barranquillera y de cueros para las numerosas fábricas de calzado establecidas en

¹ Eduardo Posada Carbó, *Una invitación a la historia de Barranquilla*, Bogotá, Cámara de Comercio de Barranquilla-Cerec, 1987, p. 97. En esta obra el autor subraya una temprana vinculación «... entre el empuje inicial de la industria barranquillera y la economía regional». Por su parte Theodore Nichols relativizaba de manera notoria la industrialización de Barranquilla y su influencia económica en la región. Refiriéndose a la industrialización en los años veinte, anota: «La mayoría eran empresas pequeñas, lo cual hacía de Barranquilla una ciudad primordialmente comercial y no industrial». Véase también Eduardo Posada Carbó, «Karl C. Parrish: un empresario colombiano en los años 20», *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, vol. 23, No. 8, 1986, p. 3-20.

la capital. Sin embargo, lo que sí resulta evidente es la débil cadencia del crecimiento demográfico. El censo nacional de población de 1912 registró para Santo Tomás una población de 3.079 personas; esa cifra se incrementó en sólo 115 habitantes para 1918 y en otros 145 para 1928, aun cuando no debe descartarse que los censos hayan subestimado el crecimiento de la población.

En contraste con la lentitud del paso del tiempo en Santo Tomás, en el hogar de los Charris de la Hoz reinaba un ambiente de impaciente laboriosidad. Don Fortunato atendía el negocio de venta de carne de ganado que él mismo sacrificaba. Esta actividad lo ponía en contacto con casi toda la gente del pueblo y su vecindario. De hecho, el de carnicero constituye en los pueblos un oficio que asimila a quien lo ejerce a la condición de funcionario público peculiar y de actor económico privilegiado. Ya el historiador George Duby, para otro tiempo, finales del siglo XIV y comienzos del XV, y para otro entorno, el mundo rural del occidente europeo, señalaba con sorpresa la fuerte vocación de los carniceros para colocarse en los puntos de intersección entre el modesto pero activo intercambio comarcal y el gran tráfico comercial. «Algunas fuentes», anota Duby, «revelan la amplitud que adquirirían en esas localidades las especulaciones sobre los productos ganaderos, sobre los animales, la carne y el cuero; en ella se basaba la prosperidad de los hombres más ricos y más envidiados, los carniceros que con sus rebaños agotaban los pastos del lugar e incomodaban a los nobles».²

² Georges Duby, *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, Barcelona, Ediciones Península, 1991, p. 451.

Siendo muy pequeño, Saúl acompañaba al padre en sus salidas al campo, en donde éste realizaba sus operaciones de compraventa de ganado o daba vuelta a las propiedades que había venido adquiriendo. Mientras tanto la madre atendía a los hijos menores, al tiempo que vendía leche en su casa.

Desde el comienzo del segundo decenio del siglo XX se observa un incremento de las transacciones sobre la propiedad territorial en Santo Tomás y en todo el circuito de Palmar de Varela. Esta intensificación de la comercialización de la tierra guardaba relación con su valorización, en virtud de la influencia de los procesos del desarrollo vertiginoso que venía experimentando Barranquilla desde la segunda mitad del siglo XIX. En los libros de protocolos de la notaría de Santo Tomás se registró la adquisición de pequeñas y medianas propiedades agrarias por parte de un grupo reducido de personas. Por ese tiempo se celebraron ante el juez diligencias con el fin de registrar predios sobre los cuales sus poseedores no disponían de títulos jurídicos. La campana del capital había marcado la hora en que también los tomasinos pobres tenían que preocuparse por la formalización jurídica de los títulos sobre las tierras, so pena de perderlas.

En esos documentos son características cláusulas del siguiente tenor: «Que digan los señores citados si es cierto y les consta porque lo han presenciado, que hace más de veinte años cerqué primero con madera y más tarde con alambre una porción de quince hectáreas de terreno, en los terrenos comunales de este distrito en el punto nombrado...». Se trataba de las tierras que habían sido adquiridas por la comunidad, «Tierras de la Fraternidad» se llamaron, y que habían sido distribuidas entre

los vecinos a mediados del siglo anterior.³ Esas tierras eran ahora objeto de un proceso de acaparamiento. A la cabeza de los compradores estaba don Fidel de la Hoz, cuyo nombre figura en buena parte de las transacciones sobre propiedad territorial que se registraron desde comienzos de siglo en la notaría de Santo Tomás. Fidel de la Hoz prestaba dinero sobre hipoteca de pequeños lotes. De las numerosas hipotecas efectuadas en favor de don Fidel entre 1917 y 1925, sólo se registra la redención de una de ellas que lleva a cabo precisamente Manuel Fortunato Charris. A cierta distancia del más poderoso acaparador de tierras en la región le seguían otros dos personajes: Marcial Polo Caballero y Gilberto Caballero.

Aunque Manuel Fortunato Charris no se ubicaba en la primera línea de los nuevos propietarios de las tierras de Santo Tomás, tomaba parte activa en el mercado de propiedad rural. Entre 1916 y 1924 se registraron a su nombre 10 transacciones: toma de una hipoteca, venta de un predio y compra de 8 que sumaban 314 hectáreas.⁴ Don Manuel Fortunato adquirió tierras también en otros distritos. Se trata, por ejemplo, de una extensa propiedad en jurisdicción del municipio de El Copey, departamento del Magdalena (hoy en jurisdicción del departamento del Cesar).

³ En una escritura se protocolizó la venta de las tierras por parte de los propietarios «á favor de los vecindarios de Santo Tomás i Palmar de Varela». *Notaría Pública de Santo Tomás*, enero 2 de 1886. Rubricado. Luis de Olivares. Agradezco al profesor José Lobo la ubicación del anterior documento.

⁴ Notaría Unica de Santo Tomás, *Libros de Protocolos*, tomos de 1917 a 1927.

Al tiempo que crecía Saúl, se incrementaba también la fortuna familiar gracias a la habilidad del padre para los negocios y a la laboriosidad de la madre. Pronto llegó para los chicos el tiempo de sentarse en los bancos de la escuela del pueblo. Los vecinos verían cada mañana al mayor de los Charris salir camino de las aulas llevando de la mano al hermano que le seguía. El maestro Waldo Martínez era un joven normalista traído de la vecina población de Malambo. Hombre de carácter alegre, hacía lo que podía para mantener la atención de su auditorio en medio del bochorno sofocante. Los niños pasaban varios años en la escuela sin que el nivel de sus conocimientos se incrementara de manera apreciable. La perspectiva que los chicos del pueblo podían entrever era la de convertirse en ordeñadores. Sin que fuera la peor posibilidad, no debía obrar como fuerte acicate de superación para los educandos.

Los chicos no invertían mucho tiempo en la preparación de sus tareas. Por ello se les veía alborotar por las polvorientas calles del pueblo para fastidio de los mayores, en particular a las horas en que éstos, aturridos por el sol calcinante, buscaban sombra fresca para echar la siesta. A Saúl le atraían de manera irresistible las faenas con los caballos. Para ese tiempo su padre, que había adquirido ya unas cuantas buenas bestias, le dejaba perseguir a caballo reses ariscas. No pocas veces iban a dar al suelo jinete, novillo y cabalgadura.

El adolescente buscaba ocasiones para lucir su destreza en la equitación. Le complacían los aplausos de la gente que estimulaba su hazaña de mantenerse de pie en la silla mientras el caballo corría y lo invitaba una y otra vez a repetirla. Jugaba también fútbol con cierta habilidad, así es que formaba parte del equipo tomasino cuando llegaban a jugar equipos de Barranquilla.

El carácter inquieto de Saúl lo llevó desde muy temprano a formarse, bajo la influencia de su padre, sus propias ideas religiosas, aunque no renunciará a su profesión formal católica. Siendo aún escolar mantuvo junto con otro compañero una controversia con uno de los curas de Santo Tomás. Los jóvenes defendían nociones que se desprendían de la sencilla filosofía religiosa por la cual se orientaba Don Manuel Fortunato. Este solía repetir: «Dios está en todas partes. Es fanfarronería creer que se le puede aprisionar en las cuatro paredes de un templo». Por razones obvias, el sacerdote, un hombre de modales ásperos y catolicismo recalcitrante, no podía aceptar esas ideas. La discusión culminó cuando el cura furioso agredió a sus imberbes contradictores.

Años más tarde el abogado Charris de la Hoz tendría ocasión de recordar de manera vívida el episodio anterior:

Siendo ya profesional, estaba yo en Barranquilla; iba en mi automóvil cuando me encontré a una señora que bajaba con un niño desgonzado en el hombro. Me dio sentimiento la cosa, detuve el automóvil y le dije: «¿Qué le pasa, señora?». «¡Ay! Que se me está muriendo mi hijito». «Embárquese, yo la llevo a su casa». «No, es que estoy buscando a un cura para que me lo bautice porque el niño no está bautizado». «¡Vamos a la Catedral!». Llegamos allí y nos encontramos con un monaguillo; le dije: «Dígale al Padre —sin que yo supiera de quién se trataba— que hay un niño muriéndose y que queremos que lo bautice». El cura bajó y al verme me dijo: «¡Detente Satanás! ¡Detente Satanás!» y no me dejó proseguir. Todavía él recordaba aquella vergüenza que me había hecho vivir cuando yo era aún un niño. Cosas como la de esta anécdota, son las que me han

servido de mucho para guardar un eclecticismo religioso de mi pensamiento.⁵

Es imposible en este caso saber hasta donde “la anécdota” es una composición a posteriori. De todos modos ella refleja algo sobre el tipo de mentalidad religiosa del narrador.

En los tiempos de escolar tuvo Saúl su primer amor: una chica de grandes ojos tristes, hija del propietario de una pequeña tienda de Santo Tomás. El protagonista los recordará como “gentes pobres que vivían con mucha decencia y dignidad”. María Ester del Villar inspiró los primeros versos del escolar:

*Son tus negros ojos para mí
Dos estrellas que iluminan mi camino
Dame un beso y envíame al destino
Al destino en que no esté lejos de ti.*

Este pequeño botón lírico quizá no suscite entre los amigos de las bellas letras la frase aquella que suele aplicarse a varios hombres públicos colombianos: «Es un escritor extraviado en la política».

El traslado de Saúl a Barranquilla para iniciar los estudios del bachillerato pondría punto final a este noviazgo.

⁵ Saúl Charris de la Hoz, *Relato Autobiográfico*, Barranquilla, 17 de junio de 1991. En adelante esta fuente se citará como: R.A. y la fecha de la entrevista correspondiente. Todas las entrevistas a Saúl Charris de la Hoz se realizaron en Barranquilla.

